FB. Foll 005. 682

SAINETE

TITULADO:

LA HIJA EMBUSTERA,

Y LA MADRE MAS QUE ELLA.

(Para seis personas.)

VALENCIA.

Imprenta de Laborda, calle de la Bolsería, núm. 24, donde se hallará con otros diferentes; Comedias antiguas y modernas, Entremeses, Historias, Romances y un gran surtido de Papeles sueltos.

PERSONAS.

PERICO, page.
DOÑA FRANCISCA.
DOÑA ROSITA, su hija.
DON JUAN.
DON ANTONIO.
ISABELITA, criada.

SALEN DOÑA FRANCISCA, Y PERICO DE PAGE RIDICULO.

Franc. Pedro, cuanto antes despacha
y baja pronto á la puerta,
y á Don Antonio le dí
que suba luego.
Per. Muy buena
va la danza.
Franc. Di, qué vas
refunfuñando, gran bestia?
Despacha, no seas lerdo,
no vayas con tanta flema.
Per. Mire usted, cuando no quiero,
estoy de aquesta manera.
Fran. Qué modo es ese de hablar?
qué disolucion es esa?
Per. La misma que usted me oye.
Fran. De cuando acá tienes lengua?
Per. Desde el dia en que nací.
Franc. Muchacho, tú te chanceas?
Per. Chanzas yo? de veras hablo.
Franc. Pues si acaso verdad fuera,
te sacara el corazon.
Per. Corazon? el de una almendra.
Franc. Mira, tú has perdido el juicio?
Per. Nada importa que le pierda.
Franc. Pues por qué hablais de ese
modo?
Per. Yo reviento la postema.
Ama mia, aqui llegó:
ajústeme usted la cuenta,
que no estoy mas en su casa.
Franc. Por qué causa?
Per. Por aquesta:
eso de ir yo con recados,
haciéndome cobertera
de sus muebles ó cortejos,
no es para mi genio, ea.
Franc. Ay Periquito, hijo mio,
que me esperaba gran pena,
si tal sabe mi marido!
Per. Que lo sepa, ó no lo sepa.
Franc. No hagas tal, quédate en casa.
Per. A mí no me tiene cuenta.
Franc. Yo te alargaré el salario;
y para que en estas fiestas
puedas hacerte una chupa,
te regalo.
Per. Aqui entra.
Franc. Ay Periquito, por Dios. *Llora.*
Per. Ay qué lágrimas tan tiernas!
Franc. Toma ahora aquestos duros
y cómprate lo que quieras.
Per. Yo no callo por dineros.
Franc. Mira que á perder me echas.
Per. Esta ya va madurando; *Ap.*
mas quiero hacer la deshecha.
Franc. Vaya, vaya, tómalos.
Per. Ya la codicia me tienta:
ay, duros, que á las mas duras
ablandais como una cera,
y á los mas duros lo mismo!

Sale Doña Rosita.

Ros. Madre, qué voces son estas
con el page?
Franc. Nada, hija.
Ros. Es cierto: desde allà fuera
he estado oyéndolo todo:

esa es ya naturaleza
de criados y criadas
el murmurar: si supiera
otro criado no hallar,
en casa ya no estuviera.
Franc. Sabes tú por qué le aguanto?
por algunas frioleras
que ha visto pasar en casa;
y si ahora le despidiera,
lo haria público á todos. *Llaman.*
Que están llamando á la puerta.
Per. No me buscarán á mí. *Ap.*
Ros. Pues madre, tener paciencia;
mas vale mal conocido
que nuevo sin esperiencia.

Sale D. Juan.

Juan. Me alegro de ver á ustedes.
Las dos. Las dos servidoras vuestras.
Franc. Perico?
Per. Que manda usted?
Franc. Salte á la sala de afuera
y avisa si alguno viene, *Ap. á él.*
no le abras sin mi licencia.
Per. Yo no sé, no sé qué es esto,
que aunque un poco rudo sea,
conozco que mi ama.... tente:
malos pensamientos, fuera;
pero yo acá he imaginado,
salvo en todo mi conciencia,
que mi ama gasta mucho,
sin tener ninguna renta;
yo no sé de dónde sale:
mas la hijita.... tente lengua:
qué será esto? Dios lo sabe,
y tambien lo sabrá ella.
Esto no es murmuracion,
que muchas en esta tierra
comen, visten, gastan, triunfan,
como si fueran marquesas:
esto no me toca á mí;
pero detrás de esta puerta
tengo de escuchar lo que hablan,
sin que ellos á mí me vean. *vase.*
Franc. Diga usted, señor Don Juan,
no se corre de vergüenza
de volver á aquesta casa,
á ponerse en mi presencia?
Juan. Vaya, ríñame usted á mí,
siendo de todas maneras
ustedes la culpa de ello:
cierto que es buena la empresa!
Ros. Qué linda pua es usted!
bien claro de ver se deja
el poco amor que me tiene.
Franc. Quiere que yo le consienta
á usted sus disoluciones,
y aguante como una bestia
lo que otros muchos aguantan?
Franc. Poco á poco con la lengua
y mirar como se habla:
qué palabras son aquestas?
sabe usted lo que se dice?
Per. La verdad pura y entera.
Juan. Muy bien sé lo que me digo,
no se venga usted con esas.
Per. Este es quien paga la fruta *ap.*
y otro se come las peras.
Ros. Vaya usted en muy buena hora
y no pise mas mis puertas;
la culpa tiene mi madre
de semejantes quimeras,
y violentarme á que yo
amor le muestre por fuerza.
Juan. Me alegro mucho en saberlo:
con qué por las esperiencias
ustedes juegan conmigo
al juego de la ginebra,
y á mí me toca de mano
y de entrar de oros por fuerza?
Per. Es que juegas con tahures
y tú no entiendes las tretas.
Ros. Qué quiere decir usted
con estas palabras?
Per. Mírenla que inocentica,
y puede poner escuela
de todas las picardías:
esto es saber entenderla.
Juan. Quiere qué la hable mas claro,
ya que ignorante se muestra?
pues yo no soy suple faltas:
entiéndame quien me entienda.
Per. Este no quiere llevar
de San Marcos la bandera.
Ros. Este es el pago que espero,
despues que dos mil quimeras
he tenido á todas horas
y llevándome por lenguas
por el tema de quererle.

Franc. Oiga usted, á una doncella
no se profieren razones
semejantes, que es vergüenza.
Per. Doncella? y de buena traza,
y asi que lo diga ella.
Juan. Si yo hubiese de hacer caso
de todo lo que me cuentan
de su hija, dias hace
que aborrecido la hubiera.
Ros. Qué pueden decir de mi?
Per. Dirán que eres buena pesca.
Ros. Dígame, qué es lo que hablan,
y esos enredos que cuentan?
Per. Contarán tus santidades
y tus muchas penitencias.
Franc. Ya se conoce que usted
poco cariño la muestra
á mi hija, si no quiere
usted casarse con ella,
casamientos ha dejado,
y solo en usted se esmera:
Ros. Y qué esté aguantando yo
semejante desvergüenza!
Ay, desdichada de mí!
Desmáyase.
cuántas desgracias me cercan!
Franc. Calla, hija mia, no llores.
Per. Que la da la pataleta.
Franc. De esto usted tiene culpa,
hombre vil, de baja esfera.
Ah, Isabelita! ah, criados!
ah, Perico!
Per. A la otra puerta.
Juan. Ah, señorita! ah, madama!
Franc. Ay, que mi hija está muerta!
Per. Sacristan, toca á difunto
que se muere la heredera.
Juan. Ay, infeliz! es verdad,
ni se mueve, ni se alienta.
Don Juan muy sofocado, haciendo estremos de sentimiento y levantándola las manos, las que dejará caer fingiéndose el accidente.
Franc. Perico?
Per. Me he puesto sordo.
Franc. No hay quién responda
siquiera?
Sale Isabelita.
Isab. Señora, qué manda usted?
Franc. Mira, mira esta tragedia!
Isab. Ay, ama del alma mia!
Per. Miren aqui otra embustera.
Franc. Vaya usted con Satanás,
y de caridad siquiera,
busque un doctor al instante.
Juan. Aguantemos la marea;
voy á buscarlo ligero. *vase.*
Per. Presto se pusiera buena,
como yo mandara una hora,
sin que el médico viniera.
Franc. Hija, levanta que ya
ha tomado la escalera.
Ros. Vaya con toda la trampa:
Levántase alegre.
Jesus, qué hombre tan flema!
Per. Canario y que enfermedad,
el diablo que la comprenda:
algunas habrá escuchando
que este mismo mal padezcan.
Franc. Muchacha, sal al balcon
y repara con presteza
si ha salido ya á la calle.
Isab. Voy á ver si está ya fuera. *vase.*
Franc. Dónde estará este criado!
mas hace de hora y media
que no parece en la casa.
Perico?
Per. Salgamos fuera:
qué manda usted?
Franc. Dónde estabas?
Per. Estaba allá en la escalera.
Sale Isabelita.
Isab. Ya va por la calle abajo;
pero por la callejuela
acá viene Don Antonio.
Per. La criada es la estafeta
de traer y de llevar:
ya ha aprendido buena escuela.
Franc. Pues salte fuera al balcon
y al tiempo que D. Juan venga,
me avisarás: ya me entiendes.
Isab. Déjelo usted por mi cuenta,
que yo sé lo que he de hacer. *vase.*
Per. Tanto que no lo supieras.
Sale D. Antonio.
Ant. Señoras, muy buenas tardes;
me alegro de verlas buenas.
Per. Si tendremos otro mal? *ap.*
Las dos. Las dos servidoras vuestras.
Franc. Perico, trae una luz.

Per. Señora, ya voy por ella *vase.*
Ros. Cierto, señor D. Antonio,
que nadie de usted creyera
tales desvíos.
Franc. Pregunto,
por qué ha sido tanta ausencia?
Ros. Sepa usted que de esta casa
es en todo el dueño de ella.
Ant. Si he de decir la verdad,
tengo tan poca paciencia,
que á casa que yo frecuento,
no gusto que nadie venga.
Franc. Cómo es eso? Pues acaso
habrá ninguno que pueda
decir que á mi casa viene
mas que usted?
Ant. Esa es pamema.
Ros. Por qué causa, diga usted?
Ant. Si D. Juan es quien regenta
esta casa por un todo;
y para mayor certeza,
se dice que con madama
se casa esta primavera.
Fran. No imagine tal dislate:
buen empleo, si le diera
yo mi hija á tal sugeto!
si fuera un hombre de prendas
como vos, luego al instante
sin reparo se la diera.
Sale Perico.
Per. Ya están las luces aqui.
Franc. Ponlas sobre aquella mesa
y salte fuera al instante.
Per. Qué priesas serán aquestas?
todo lo tengo de ver
metido tras de esta puerta.
Ant. Señora Doña Francisca,
si yo sé por cosa cierta
que es el ídolo D. Juan
de madama, que no venga
no les cause novedad.
Ros. Me admiro fácil se crea
de dichos de por ahi,
ni de gentes noveleras:
si hombres tengo aborrecidos,
es él uno.
Per. No lo creas,
que lo mismo dice á todos
los que en esta casa entran.
Ant. No sé como puede ser,
porque por la callejuela
ahora poco hace le he visto
salir de aqui á toda priesa.
Per. Iba á buscar un doctor,
para curar esta enferma:
si ahora el tal D. Juan viniese,
qué es la disculpa que dieran?
Sale Isabelita.
Isab. Señora, que D. Juan viene.
Al oido.
Franc. Disimula y está séria.
Isab. Mire usted que sube ya.
Franc. D. Antonio apriesa, apriesa,
porque viene mi marido:
muchacha, á la otra pieza
acompaña á D. Antonio:
no vayas con tanta flema.
Vaya, despáchese usted,
porque sube la escalera *vanse.*
Per. Hombres, mirad este paso,
que es digno de que se sepa.
Siéntanse las dos, la Doña Rosita recostada en los brazos de Doña Francisca que fingirá sentimiento con suspiros y ademanes: sale D. Juan con un vaso como un cordial.
Juan. El doctor no le he encontrado;
pero he tenido advertencia
de ir en casa un boticario
y me ha dado una receta,
un cordial vital *mulieris*,
pues dice es cosa selecta:
tómela usted, vida mia.
Franc. Toma, hija mia y alienta.
Per. Plegue á Dios que si tal tomas,
mal veneno te se vuelva.
Franc. Abre, abre esa boquita,
mi alma.
Per. Si te murieras!
se encontrarán en el mundo
mayor par de trapaceras!
Juan. Vaya por amor de Dios,
tomadlo por penitencia.
Per. Pues mira el D. Juan bolchacas;
lo que alabo es la paciencia.
Juan. Se pasó ya, vida mia?
Ros. Ay! parece que esta pena
ya se me ha aliviado un poco.
Per. Ay! y que palos te diera.
La remeda.

Ros. Este ahogo, estos pesares,
estas congojas y penas
que me suceden á mí,
es usted la causa de ellas.
Juan. Vida mia, arrepentido
prometo de todas veras,
no darte mas pesadumbre,
aunque motivos me dieras.
Per. Si este se llega á casar,
será hombre de gran paciencia.
Fran. Señor D. Juan, si se casa,
haga cuenta de que lleva
en mi hija cuanto puede
llevar un hombre de prendas:
téngase por muy dichoso,
porque ella es una cordera.
Per. Pues de aqui al año que viene,
ya será borrega hecha.
Franc. Sino fuera usted quien es,
cierto es que no se la diera.
Per. Lo mismo dijo al que está
escondido en la huronera;
y lo mismo les diria
si viniesen dos docenas.

Sale Isabelita.

Isab. Señora, D. Diego viene.
Al oido.
Franc. Ya he entendido, estate alerta.
Per. Ya tenemos tercer yerno;
no se iguala á esto ginebra.
Franc. D. Juan, mi hermano está ahí;
ya sabe las diferencias
que entre hermanos suele haber;
mucho que sentir tuviera
si le viese; y asi luego
guíale tú hácia la puerta
del corredor, y que baje
por la escala de la izquierda,
que yo mataré esta luz,
para que á D. Juan no vea.
Despacha, que sube ya.
Ros. Mate usted la luz, no venga.
Per. Semana santa ha llegado,
que ya estamos en tinieblas.
Ros. Mira que sube mi tio,
ya tienes aqui la puerta,
queda con Dios, dueño mio.
Juan. A Dios, mi querida prenda.

Le lleva donde está Perico, suéltale la mano Doña Rosita y vase hácia donde está Doña Francisca; D. Juan encuentra con Perico y piensa ser Doña Rosita.

Juan. Mira ¿cuándo será el dia
que se acaben nuestras penas?
responde, dame la mano,
que de consuelo me sea,
ya que no tengo otro alivio.
Per. Digo ¿qué es esto? arre, bestia:
por Dios que le he de engañar,
que ahora que está la luz muerta,
todos somos de un color:
toma, toma, dulce prenda,
pues bien sabes que te adoro.
Finge ser Doña Rosita y le da la mano.
Juan. Yo soy el que te venera.
Per. Rematado se halla el hombre,
pues á Perico requiebra
Juan. Habla, mi bien, qué te aflige?
no me hagas estar con pena.
Tienes falta de dinero?
Per. Dinero dijo? qué buena!
ya que se quema la casa,
calentémonos en ella
y aprovechemos el lance.
Juan. Responde.
Per. Temo nos sienta
mi tio; habla mas bajo:
dame unas treinta pesetas,
que quiero comprar mañana
de blondas una escofieta.
Juan. Toma este doblon de á ocho.
Per. Dame y vete á toda priesa
por aqueste corredor,
antes que mi tio venga.
Juan. A Dios, hechizo adorado.
Per. A Dios, macho de carreta.
¡Qué lindo perro ha llevado
á oscuras y sin candela!
Pero á bien que en noches de estas
todos somos de un color,
todos los gatos son pardos,
y hasta los Pericos hembras.
Sale Isabelita con luz.
Isab. Corriendo vengo, Perico.
Per. Ya sé yo que eres ligera.
Isab. A decirte que.... ay Dios mio!
déjame echar siquiera

el aliento.
Per. Así echaras
los hígados y las muelas.
Isab. Pues el ama....
Per. No es el amo.
Isab. Con D. Juan....
Per. Hazte allá fuera,
porque regüeldas á huevo.
Isab. Pues oyes, tú á mí con esas?
Per. Y con otras que se callan
de aquí y de allá no eres lega.
Isab. Alcahuete será él.
Per. Ella será la alcahueta;
Furioso.
y mire bien como habla
tenga mas modo y vergüenza,
que soy page y muy honrado,
y en toda mi parentela
no tienen que tildar nada:
no me gaste tanta arenga,
y sino bien puede verse.
Mi padre, madre y abuela,
abuelos, tios y hermanos,
descienden por línea recta
de los pages que las pajas
condujeron en carretas,
cuando se puso aquel cerco
á la gran ciudad de Almeida.
Mis bisavuelos descienden
por legítima paterna,
de los pages que sirvieron
á Pilatos á la mesa.
Isab. Toda tu genealogía
encajaste; y si hubiera
mucha mas que referir,
discurro que la dijeras.
Per. Si me hablas otra palabra
te romperé la cabeza.
Isab. Téngase usted, no me mate,
señor D. rompe cabezas.
Per. Qué te burlas? pues repara. *dala.*
Isab. Ha page de mala secta,
ahora me la pagarás.
Salen Doña Francisca y Rosita.
Franc. Qué vocería es aquesta?
Isab. Que lo diga ese, ese.
Per. Que lo diga esa, esa.
Ros. Aquestas horas riñendo?
esta es muy poca vergüenza.
Franc. Márchate tú á la cocina,
y tú vete á esotra pieza,
que en estando los dos juntos,
pareceis gatos y perras
segun los gritos que armais.
Hija vámonos afuera.
Ros. Madre, pues y D. Antonio
que está encerrado?
Franc. No temas,
que Manuela le sacó
por aquella falsa puerta.
Per. Yo, sin determe un dia,
buscaré otra conveniencia,
que quien entre lobos anda,
dicen que á aullar se enseña;
y mas cuando se descubra
la trampa de las pesetas.
Todos. Y todos terminamos el asunto
solo para que se vea,
cuánto mienten, cuánto engañan
madre é hija embusteras.

FIN.